

El proceso de construcción

Este libro nació de una lectura múltiple, hecha de ecos, préstamos y desvíos. Un día, intuí que podía hacer algo distinto: tomar fragmentos de cuentos, novelas, diarios y ensayos, y construir con ellos una historia nueva. No sabía aún cuál sería el tema; solo necesitaba ver qué ocurría al yuxtaponer ciertos fragmentos junto a otros. Desde entonces, me cuesta trabajar de otra manera. Al cortar y pegar párrafos, permutarlos sin cesar, reescribir por completo algunas secciones y desechar otras, fui descubriendo que en esos fragmentos se colaba un tono seco y sucinto. Mis escritos anteriores nunca habían sido dulces, pero este sonido era más duro, más agudo, incluso levemente histérico. Ese tono terminó por convertirse, en un sentido profundo, en la verdadera trama del libro. Creí que escribía sobre la obsesión; en realidad, estaba escribiendo sobre el infierno del yo obsesivo.

Poco a poco, fui reuniendo en mis lecturas los desahogos de los poetas, los arrebatos de los dramaturgos, la mordacidad de los oradores, los consejos de los filósofos y de quienes por tal se tienen, en los que, de forma velada o manifiesta se demostrara o lamentara la inutilidad de la existencia, el enseñoramiento del mal, la tristeza de los sueños interrumpidos y de las ilusiones lastima-

das, la desazón del pasado que no ha de volver, la desesperación que doblega y aniquila el espíritu cuando se han contemplado todas las facetas de la vida.

Así, fui juntando una amalgama de dolor hecho verbo, en la que, las paradojas, las quejas y las lamentaciones de hombres en el espacio, en el tiempo y en el espíritu confluyeron en una sola voz.

Compuse este libro enteramente con frases tomadas de ciento treinta y seis obras de la literatura universal, con el propósito de construir una narrativa que sonara como si un solo autor la hubiera escrito.

Utilicé ciento y treinta y seis libros de cien autores. Algunos de ellos, como Henry Miller o Enrique Vila-Matas, fueron tan prolíficos que recurrí a varias de sus obras; de ahí la diferencia entre el número de libros y el de autores.

No añadí una sola palabra o preposición propia para enlazar dos frases ni modifiqué un solo sintagma de los textos originales. Cada frase de mi obra fue recogida tal cual apareció en el libro del que procede, salvo por la unificación de ciertas marcas de género, adaptadas al masculino.

El lector encontrará primero la novela tal como fue pensada: un relato continuo que puede leerse sin necesidad de consultar su arquitectura secreta. Más adelante, se despliega el repertorio de las obras que la sostienen y, por último, una versión de la novela frase a frase, con cada una de ellas acompañada por un número al final que remite a la lista de libros utilizados y permite conocer la procedencia de cada fragmento. La numeración que aparece en los márgenes de la novela coincide con la que figura en los márgenes de esta versión, lo que permite, durante la lectura localizar con facilidad una frase o fragmento.

No se trata de un juego de erudición, sino de una forma distinta de relacionarse con los libros que nos preceden: comprobar

cómo, al rozarse, las palabras ajenas encienden una historia propia. Ojalá este experimento de lectura y escritura invite al lector a regresar también a esos otros libros que, silenciosamente, lo han hecho posible.

Con el fin de dotar de unidad narrativa a la historia que quería contar, establecí una puntuación propia, distinta a la de los textos originales. Adapté comas, puntos y mayúsculas según lo requiriera la estructura narrativa.

Todos los libros citados son ediciones en español.

El centauro que no fui es el resultado de ese trabajo: un texto tejido con las palabras de grandes autores. No solo Fernando Pessoa, Paul Auster, Enrique Vila-Matas y Henry Miller, sino también Lev Tolstói, Fiódor Dostoyevski, Julio Cortázar, Virginia Woolf, Walt Whitman, Michel Houellebecq, Charles Bukowski, Sylvia Plath, Marguerite Duras, Victor Hugo, Oscar Wilde, J.W. Goethe, Samuel Beckett y Francis Scott Fitzgerald, entre otros. En total cien escritores y ciento treinta y seis libros, reunidos en una sola voz, en una trama de dolor y belleza, formando un afinado coro del descontento humano y de la mejor literatura jamás escrita.

Túneles de vida pasada por Marcos Giralt Torrente

Eduardo Marco es fotógrafo y, como tal, lo conocí, en compañía de amigos comunes. En otras circunstancias me sería difícil fecharlo, pero no en esta: acababa de publicar su álbum fotográfico *Óxido*, que salió en 2020, luego debió de ser ese año. Diría que en otoño, ya que comimos en la terraza de un restaurante indio y recuerdo que ya hacía frío. Si por lo general hablo poco, en esa ocasión debí de hacerlo aún menos. Los amigos comunes eran Fátima de Burnay y Ray Loriga, que había prologado el libro de fotografías de Marco. Si bien nadie lo mencionó, la cita parecía haberla concertado este para agradecérselo, y no logré despojarme de la sensación de ser un intruso, pese a que nada en el comportamiento del presunto convocante —ni en el de Ray y Fátima—, la fomentaran, todo lo contrario. Fue una de esas ocasiones infrecuentes en que, un encuentro casual con alguien a quien probablemente no volveremos a ver, deja huella. Para que eso se dé sin mediar un drama o un suceso desagradable, es necesaria la confluencia —por corta que sea—, de un interés mutuo. El de Eduardo Marco, enfermo de literatura, quizá fuera conocer a un escritor nuevo y tener la oportunidad —no tan fácil en otros ámbitos de su vida—, de compartir su afición lectora y regurgitar

un borbotón de nombres de autores y de libros y de reflexiones atropelladas —o no—, sobre ellos. El mío, el de un antropólogo en apuros, desbordado por el flujo de información, incapaz de descifrarla toda, pero empeñado aun así en encajar las piezas esquivas del espécimen humano objeto de su estudio. A la hora de irnos, Eduardo Marco no solo no me permitió contribuir a la cuenta, también salí de allí con su libro. Y luego fue verdad: no volvimos a vernos en mucho tiempo. Tanto que, a veces, me vino su recuerdo a la cabeza junto con la vergüenza de no haber cumplido mi promesa de corresponder a su regalo con el envío de un par de libros míos. Hasta que hace dos meses otra amiga común me trasladó su interés en que hiciera este prólogo y me propuso una cita con él; un desayuno al que debo confesar que acudí, más por la curiosidad de verlo de nuevo, que realmente convencido de querer aceptar el encargo. Iba preparado para el cortejo —de eso se trataba—, pero me arrolló su despliegue de entusiasmo, de convicción, de inesperada franqueza, la mezcla de seguridad y humildad, de agudeza y —por qué no— de ingenuidad. La generosidad de alguien que se muestra sin veladuras, arrebatado, poseído como un adolescente, indestructible en su creencia de haber realizado algo merecedor de defenderse con pasión.

Eduardo Marco es fotógrafo. Si incido en ello, no es porque quiera recordar su condición de advenedizo literario para anteponer así una coartada con la que atemperar el elogio al que se supone que estoy obligado como prologuista. La extravagancia y desmesura de la empresa que acomete en *El centauro que no fui* dejaría boquiabierto a cualquiera, y sería injusto relativizarla. Construir una novela autónoma enhebrando, sin cambios ni añadidos, frases tomadas de 136 libros de autores diversos, tal vez pueda habersele ocurrido a más de uno (Papini, Benjamin y Auerbach imaginaron en su día algo similar), pero se requiere

mucho coraje y un punto de locura para llevarlo a cabo. Y hacerlo, además, de la manera en que él lo hace. Quien se decida a leer *El centauro que no fui*, se admirará de la fluidez y sorprendente naturalidad con la que suenan, una detrás de otra, las frases succionadas de otros libros con las que la narración se construye. Con la tremenda dificultad de que todas ellas son lo que son: piezas recolectadas, seleccionadas, y por ello, ninguna mediocre o superflua o estereotipada; todas saetas, dólmenes, tuétanos de caña, y encajadas en un texto que, más allá del indudable logro de su ejecución de orfebre, alcanza, además, una encomiable coherencia literaria.

Pero había empezado el párrafo anterior recordando que Eduardo Marco es fotógrafo y no quiero perder ese hilo. ¿Qué es un fotógrafo? Alguien que preserva instantes de tiempo detenido que, sin retratarlo directamente, a la postre constituyen el documento de su paso por este mundo, su propio sudario. Y algo no muy distinto —a eso quería llegar— ha hecho Marco con *El centauro que no fui*. Solo que aquí no recopila imágenes, sino frases cogidas de libros ajenos, y no las inserta en un mosaico de crecimiento continuo, sino que las ordena orgánicamente de manera que compongan una obra literaria cerrada, independiente de sus libros de proveniencia. En ese sentido, no reflejan el transcurrir de una vida y la evolución de una mirada, sino un estado de ánimo concreto, un tiempo detenido en sí mismo. Cabe la posibilidad de que el del propio Marco mientras las tejía.

Quedémonos con eso, porque es importante. Este no es el capricho de un erudito ni una ingeniosa filigrana; por encima de todo, es un alarido de dolor, soledad y estupefacción ante la circunstancia de estar vivo, de saber que lo hecho, hecho está, y que, cada día amanece con el anuncio de un porvenir más corto. ¿Quiénes somos? ¿Quiénes éramos al principio del túnel de vida

pasada en que nos hemos convertido? ¿Tuvimos en algún momento del camino la posibilidad de ser distintos? ¿Conviene que arrojemos de una vez por la borda las esperanzas que nos han traído hasta aquí o seguimos apegados a ellas?

El narrador de *El centauro que no fui* es, como no podía ser de otro modo, escritor. La escritura como destino buscado y, a la vez, rehuido, permanentemente cuestionado, es el *leitmotiv* que mece su pensamiento. Desfilan, embozados en frases robadas, autores como Pessoa, Ginzburg o Pavese, Woolf, Beckett o Cioran, hasta un total de cien, vivos y muertos. La escritura, sin embargo, es una mera metáfora; igual servirían la fotografía, el ajedrez, la lepidopterología o cualquier actividad humana susceptible, para quien la convierte en centro de su vida, de devenir en obsesión. El tema de *El centauro que no fui* no es a qué nos aferramos para mantenernos en pie; de lo que trata es de la obsesión, ese mecanismo que parece que nos saca de la vida, pero que en realidad nos sumerge en sus fondos más abisales, el miedo, la futilidad de todo, la pavorosa certeza de nuestra propia muerte.

Y frente a la angustia paralizante, ¿cuál es el único recurso a mano? La risa, por supuesto. La risa que nos desatasca y erige una barrera fugaz contra la intemperie.

Las dos ocasiones en que estuve con Eduardo Marco antes de ahora, cuando escribo esto, no faltaron las risas —me persiguieron hasta tiempo después de dejarlo—: estentóreas, desacompañadas, justas... Por fortuna, he vuelto a reencontrarlas en su libro, agazapadas en frases hilarantes como detonadores, desperdigadas atinadamente aquí y allá. No debemos olvidar que, aunque sofisticado y cargado de gravedad, *El centauro que no fui* es, sobre todo, un juego. Corramos a alzar el telón.

El centauro que no fui



I

Primero me entretuvieron las especulaciones metafísicas, después las ideas científicas. Finalmente me atraieron las sociológicas. Pero en ninguno de estos estadios de mi búsqueda de la verdad encontré seguridad y alivio. Pensé atenerme a Séneca y Cicerón. Esperaba encontrar la curación en esa armonía de conceptos limitados y ordenados. Pero me era imposible alcanzarlos. Fui poco a poco encontrando en mí mismo el disgusto de no encontrar. No encontré razón ni lógica sino en su escepticismo que ni siquiera buscaba una lógica para defenderse. El escepticismo ante el vacío de los interrogantes y, seguramente, también ante el vacío de la realidad. El escepticismo es un ejercicio de *desfascinación*. 5 10

Escribo, triste, en mi cuarto, solo como siempre yo he estado, solo como siempre estaré. Escribo para mí mismo y declaro de una vez por todas que si escribo como si me dirigiese a un lector es solo *pro forma*, porque me es más fácil escribir así. No es más que forma, mera exhibición, pues sé que nunca tendré lectores. 15

Estoy tranquilo en una casa pequeña en los alrededores de algo, disfrutando de un sosiego en el que no realizaré la obra que

ahora no realizo, y buscaré, para seguir sin haberla realizado, disculpas diferentes de aquellas con las que hoy me disculpo. Pienso
20 que tanto sentido tiene hacer un muñequito con miga de pan como escribir la novela que nunca escribiré o defender con la vida las ideas que redimen a los pueblos.

Cuando miro a mi alrededor y me veo en mi minúsculo cuarto,
25 enclavado en una sórdida casa de vecindad, me parece que estoy dormido, que sufro una condena y que alguien vendrá un día a despertarme o a liberarme. Todo huele a aceite, a ropa tendida, a humedad, a condenación. Quizás un día estaré internado en un asilo de beneficencia, feliz por la derrota absoluta, mezclado con la
30 gentuza de los que se creyeron genios y no fueron más que mendigos con sueños, y junto a la masa anónima de los que no tuvieron poder para triunfar ni renuncia bastante para triunfar al revés.

Escribir es lo único que tengo, el Arte que alivia la vida sin aliviar el vivir. Persisto pues es lo último que me queda. Persisto
35 pues si no escribo, soy un ser reventado. Escribo por exigencia vital. El pensamiento es un caballo salvaje, loco, cerrero; la escritura es una forma de domarlo. Tiene un efecto anestésico. Tranquiliza. Como una pastilla ansiolítica. Pero, además, produce una cierta embriaguez. Eso hace que tantos malos escritores no
40 consigan dejarlo. Escribir es como drogarse, se empieza por puro placer, y acabas organizando tu vida como los drogados, en torno a tu vicio. Y esa es mi vida. Hasta cuando sufro lo vivo como un desdoblamiento: el hombre está sufriendo, y el escritor está pensando en cómo aprovechar este sufrimiento para su trabajo.
45 Llama la atención el interés de Goethe por una observación de Sterne, en la que se pregunta si «ha aprovechado bien sus sufrimientos, como corresponde a un hombre inteligente». La capacidad de crear belleza a partir de mi desesperación, de mi hastío y de mis debilidades. Esa necesidad de abrirse y ver. Presentar con

palabras. Las palabras como conductoras, como bisturíes. Usar el lenguaje para que diga lo que impide vivir. Reemplazar todas las derrotas de la realidad por triunfos de frases que nadie lee, pero que te dan un fuego secreto, interior, que los más sensibles alcanzan a ver como un reflejo, como un aura. 50

Un escritor es alguien que oye voces a través de las voces. Con ellas va trazando el mapa de su vida. Sabe que cuando ya no pueda hacerlo le llegará la muerte, no la definitiva, sino la muerte en vida, la hibernación, la parálisis, lo que es infinitamente peor. Pero si lo logramos salimos siempre reforzados y habiendo convertido las palabras, símbolos de nuestra propia fragilidad, en raíces indestructibles. 55 60

Escribir es una actividad solitaria. Se apodera de tu vida. En cierto sentido, un escritor no tiene vida propia. Incluso cuando está ahí, no está realmente ahí. Algo así como aquello que le decía Kafka a Felice Bauer: «Mi manera de vivir está organizada únicamente en función de escribir». O esto otro, también dirigido a la pobre Bauer: «No es que tenga una cierta tendencia a la literatura, es que soy literatura». 65

El escritor no «elige una profesión», como el que se hace médico o policía. No se trata tanto de escoger como de ser escogido, y una vez que se acepta el hecho de que no se vale para otra cosa, hay que estar preparado para recorrer un largo y penoso camino durante el resto de la vida. El escritor avanza despacio por un terreno desconocido. Cava una galería de la que no sabe qué saldrá, si oro o carbón. No se puede en cambio culpar a un escritor que ha encontrado un filón. De su mina no saldrán todos los metales del mundo, pero saldrán al menos algunos metales. Tampoco hay dedos para tantas joyas. 70 75

Leer a los grandes escritores lo cambió todo. De ahí la desgracia de mi vida. Qué rabia no ser Victor Hugo. Durante años, mi 80

cita favorita de las letras inglesas fue una frase del poeta isabelino Fulke Greville: «Escribo para quienes han sido pateados por el toro negro».

Siempre me he forzado a la contradicción, para evitar conformarme con mi propio gusto. Todo me interesa y nada me cautiva. En estas impresiones sin nexos, ni deseo de nexos, narro indiferentemente mi autobiografía sin acontecimientos, mi historia sin vida. Son mis Confesiones, y, si en ellas nada digo, es porque nada tengo que decir. Recuerdo haber siempre pensado que la propia vida no existe por sí misma, pues si no se narra, si no se cuenta, esa vida es apenas algo que transcurre, pero nada más. Para comprender a la vida hay que contarla, aun cuando solo sea a uno mismo. No pasar como una sombra vana que no deja huella alguna de su paso. Sin embargo, pese a todo cuanto escribo aquí, sigo sin escuchar el rugido de las olas, sin sentir la resaca que me arrastra bajo el mundo fértil e inconsciente de la creación.

George Bernard Shaw está muerto y su ingenio se ha apagado, la luz ha desaparecido. Edna Saint Vincent Millay está muerta: nunca resurgirá de su tumba, ni volverá a ver líneas plateadas y oblicuas de la lluvia, ni a oler el perfume de los manzanos. Sinclair Lewis se descompone lentamente en su tumba. La llama se apagó, la mano que escribía, los nervios ópticos y auditivos que registran cosas, los pliegues del cerebro que creaban... todo eso ahora es blando, flácido, y se pudre. Pero dejaron algo, y otras personas podrán sentir un poco de lo que ellos sintieron. La gran fortuna de Jesús fue haber muerto joven. De haber llegado a los sesenta, en lugar de la cruz nos habría dejado sus memorias.

Todo esfuerzo, todo lo que hago, es procurar explicarme a mí mismo cómo he llegado aquí. Y veo que todo cuanto he hecho, todo cuanto he pensado, todo cuanto he sido, es una especie de engaño y de locura. No pido la lucidez de Descartes. ¡No! Quiero

una ínfima cantidad de raciocinio que me permita decir «¡Te estás engañando!» Me maravillo de lo que conseguí no ver. Extraño cuanto fui y que ahora veo que al final no soy. Reconozco hoy que fracasé; solo me asombro, a veces, por no haber previsto que fracasaría. El fracaso es todavía peor porque algún resultado he conseguido, y no puedo abandonarme a una caída total. Gozo de la voluptuosidad indeterminada del fracaso como quien concede una importancia exhausta a una fiebre que lo mantiene enclaustrado. A fin de cuentas, hay que aceptar el fracaso, sin rencor ni vergüenza, como prefiguración natural del destino. Como decía Beckett fracasar es parte de la tarea. Llega un momento en que la vida de todo hombre es una derrota aceptada. Todos lo sabemos y es lo que precisamente nos hace apreciar a los que la eligieron conscientemente y, en ocasiones, la asumieron enseguida. Cuando un hombre emprende el camino del éxito, solo puede tener éxito o sufrir un fracaso, *no existe un tercer camino*, y, la verdad sea dicha, ambos son, cada uno a su manera, igualmente ignominiosos. Con los años me había convencido de que perder era más elegante. Basta con probar la gloria: de nada sirve atiborrarse. Da igual cuánto consigas subir, porque siempre llegas a un punto en el que ya no hay más. La inutilidad de la victoria y la elegancia en el sufrimiento. En un libro de Séneca hay una frase curiosa sobre los hombres que dice: «Como las hormigas, suben por los árboles y después de haber llegado a la cima bajan vacías al tronco».

Tanto he avanzado por el lado oscuro de la tierra, que su otro lado, el claro y teórico, me parece solo un crepúsculo incierto. Todo lo que me atormenta en estos días, debe tener alguna finalidad o merecer alguna recompensa. No se puede sufrir impunemente. Esta cólera que me consume, y que todos los días aprendo a usar un poco mejor, algo debe de significar. Confío en que todos estos golpes me sirvan para algo, como el ayuno y los

sacrificios, dicen, les sirven a los monjes. La ingenuidad, la cobardía, la vanidad de pensar que todo lo que nos sucede tiene un
 145 sentido. De interpretarlo todo como si fueran pruebas impuestas por un dios que organiza la salvación de cada uno como una carrera de obstáculos.

Quién no quisiera estar al principio de un camino y al mismo tiempo ya muy cerca del logro final, pero eso no parece posible,
 150 ni en la literatura ni en la ciencia. No se puede esperar alcanzar el paraíso de un solo salto. Si evitas el infierno en el curso de tu camino, a lo sumo podrás llegar a un engañoso prado verde pero nunca al verdadero cielo. Si existiera ese atajo, ese lugar precioso estaría ya despojado de aquello que estorba, sería un camino limpio,
 155 una cuenta exacta de los mejores de nuestros pasos. Un destino falsamente seguro y falsamente propio. Una mentira engañosamente perfecta. Sigo pensando que en la vida no se cumplen los sueños, no se cumple ninguno, y los que se cumplen no resultan ser lo que uno había imaginado. De todos los remordimientos del hombre, tal vez el más cruel sea el de lo no realizado.
 160 Repudié el sueño como un vicio de colegial o como algo propio de un loco. Pero también la realidad, o más bien ella me repudió a mí, no sé por qué; por incompetencia, o por desaliento, o por incomprensión. En algún momento quise vencer la esperanza; ahora ya se ha extinguido por sí sola. Pasamos por la vida sin entender correctamente muchas cosas. «Hay algún malentendido, y
 165 ese malentendido será nuestra ruina», decía Kafka.

Compruebo que, unas veces alegre, otras contento, estoy siempre triste. Yo no soy pesimista, soy triste. Esa tristeza seca,
 170 abrumadora y sin consuelo de lágrimas. Había encontrado tardíamente eso que en la técnica de la tristeza se llama ruina. ¿No estoy lo suficientemente preparado para la felicidad? ¿O es que solo he conocido las melancolías que la preceden y las tristezas

que la siguen? ¿Estará escrito en el destino del hombre que solo pueda ser feliz antes de tener razón o después de haberla perdido? Borges escribió un poema que comienza con unos versos célebres: «He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer, no he sido feliz». Es triste constatar que no he sido capaz de soportar la felicidad, como no era capaz de soportar la infelicidad. Las tristezas proyectan en el alma sombras de monasterios.

Se puede conocer mejor a un hombre por todo lo que desdén que por lo que aprecia. El trato con los mortales es una sangría continua; y para un hombre lúcido, un cáncer al corazón. Solo en la medida en que odias a los hombres puedes considerarte liberado. No lloro a menudo. La austeridad de mis reflexiones se muestra antagónica a los sentimientos que suscitan las lágrimas. Para llorar es preciso tener fe, se requiere una esperanza. Hay en mí algo inefablemente frío pese a las emociones que puedan sobrevenirme. No he venido al mundo a salvar a nadie, sino mi triste culo. Cuando me duelen las muelas, poco importa si a mi vecino le duelen aún más que a mí. Cuando hayan cortado mi cabeza, ¿qué me importa que se la corten a otros? Mi profundo egoísmo tampoco tiene su origen en un apego excesivo a mis propiedades. Más bien es el producto de una mirada siempre introspectiva que no repara en la vida y el sufrimiento de los demás. La creación se basa en la exclusividad del egoísmo; el hombre creativo no es capaz de vivir para otros, de ponerse al servicio de una vida ajena, pues ello imposibilita el tipo de egoísmo imprescindible para crear, para concentrarse, para concentrarse en la santidad, para construir, para los ejercicios del alma, para la disposición permanente a la iluminación.

Soy del tamaño de lo que veo, en el triste desaliño de mis emociones confusas. La soledad me desola; la compañía me oprime.

205 Prefiero aburrirme solo que aburrirme de a dos. La soledad y la
identidad son demasiado importantes para traicionarlas a cam-
bio de compañía.

210 Mi sueño fracasó hasta en las metáforas y las figuraciones.
Una impía vanidad me llevó a creer que, con cierta astucia, yo
podía reservarme para empresas sublimes. Me decía que si me
mantenía vigilante debería ser posible ganar en los dos tableros.
Ser un artista serio, amante de las profundidades, y al mismo
tiempo tener éxito, disfrutarlo, no escupir sobre la notoriedad y
el *glamour*. Creo que ha habido un paso en falso, un viaje equivo-
215 cado, he tomado un desvío erróneo, pero no sé cuándo sucedió ni
tengo esperanza de encontrarlo. He declarado la guerra a todos
mis enemigos. Me he declarado la guerra a mí mismo. He decla-
rado la guerra al *mí*. Con estas reflexiones me consuelo, ya que no
puedo consolarme con la vida.

*

220 Ahora sobrevivo en mi rincón, exasperándome con el pérfido
e inútil consuelo de que un hombre inteligente no puede seria-
mente cambiarse en otra cosa; solo un imbécil puede hacerlo.
Me siento tan solo que siento la distancia entre mí y mi traje.
No cabe duda de que la soledad es un reto, y mantener el equi-
225 librio dentro de su seno, un frágil propósito. Es maravilloso ver
con cuánto entusiasmo algunos hombres y mujeres de bien, per-
sonas que nunca han tenido que estar solas en toda su vida, pon-
deran las bondades de la soledad.

230 Mi alegría es tan dolorosa como mi dolor. Los antiguos no
hacían caso de sus sufrimientos. Este no es sin embargo nuestro
caso, cuando con todo nuestro dolor nos rebelamos contra el do-
lor mismo. El sufrimiento es fútil, me decía mi inteligencia una y

mil veces, pero seguía sufriendo voluntariamente. El sufrimiento no me ha enseñado nunca la más mínima cosa; para otros puede que sea necesario, pero para mí no es sino una demostración algebraica de inadaptabilidad espiritual. No hice de mi dolor un poema, pero hice de él un cortejo. 235

Todo me cansa, incluso lo que no me cansa. Estoy en una abulia absoluta, o casi absoluta, y hacer cualquier cosa me cuesta como si tuviera que levantar un peso enorme o leer un volumen de Teófilo. Durante todo el día siento que me pesa la vida en los ojos y las sienes, sueño en los ojos, presión hacia fuera en las sienes, conciencia de todo eso en el estómago, náusea y desaliento. Al principio es solo una lasitud, fatiga, como si percibieras repentinamente que desde hace mucho, varias horas, eres presa de un malestar insidioso, entumecedor, apenas doloroso y sin embargo insoportable, la impresión dulzona y sofocante de no tener músculos ni huesos, de ser un saco de yeso entre sacos de yeso. 240 245

La vida me desagrada como una medicina inútil. Dar a alguien los buenos días a veces me intimida. Se me seca la voz, como si hubiera una audacia extraña en decir esas palabras en alta voz. Me siento al mismo tiempo prisionero de algo y que estoy moralmente bajo los efectos de una intensa angustia que hace que sepa y sienta que no puedo hablar, y que físicamente esta angustia corresponde a una opresión, opresión con una sensación física de aprisionamiento. Cada día tartamudeo más. Pero no sé si es tartamudez. En el fondo, no quiero hablar. Me falta la dirección, no sé en qué dirección hablar, no puedo hacerlo porque falta la dirección que antecede a la voz. Así como me alimento sin querer hacerlo sino que lo hago por compulsión o por temor del vacío, así hablo, sabiendo, no obstante, que debería callar. 250 255 260

Hablar —parecen indicarnos tanto Wakefield como Bartleby— es pactar con el sinsentido del existir. Es una especie de

265 pudor de existir. El oráculo que dijo «Conócete» propuso un trabajo mayor que los de Hércules y un enigma más oscuro que el de la Esfinge. Comprender a fondo a un hombre sería ver iluminado el Universo. Desconocerse conscientemente es el camino.

¡Ah! ¿Quién me salvará de existir?

¡Oh, manos crueles que me reducen a la impotencia!

270 ¡Oh, alma mía desvalida!

¡Oh, implacable nube que me rodeas y no quieres liberar mi alma!

La vida me produce sensaciones de hiena melancólica.

No es la muerte lo que quiero, ni la vida: es aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia como un diamante posible en una
275 cueva a la que no se puede bajar. Feliz quien no exige de la vida más de lo que ella espontáneamente le ofrece, dejándose guiar por el instinto de los gatos, que buscan el sol cuando hay sol, y, cuando no lo hay, el calor dondequiera que el calor se encuentre.

No cesamos de explicar y de dar explicaciones, la vida misma, ese complejo inexplicable de fenómenos y sensaciones, nos las
280 exige, nuestro entorno nos las exige y, por último, nosotros mismos exigimos de nosotros explicaciones, hasta que conseguimos destruir todo a nuestro alrededor, incluidos nosotros mismos. El hombre vulgar, por más dura que la vida le resulte, tiene al menos la felicidad de no pensar en ella. Hay dos familias de seres
285 en este mundo: los que sienten que vivir es difícil y terrible y los que no sienten. Si los hombres supieran meditar en el misterio de la vida, si supieran sentir las mil complejidades que espían el alma en cada pormenor de cada acción, no actuarían nunca, ni siquiera vivirían. Se matarían de tan asustados, como los
290 que se suicidan para no ser guillotizados al día siguiente. Tener una conciencia sobradamente sensible es una enfermedad, una verdadera y auténtica enfermedad. Para la vida humana común y corriente basta y sobra con una conciencia ordinaria. Si re-

nuncias a la victoria y a la derrota, duermes por la noche sin 295
 temor. Tal vez pasar tranquilamente por la vida o dejar que ella
 pase sin pasión, sin rencores ni deseos de infinito sea la mane-
 ra más sabia de pertenecer al mundo que sucede. Pero yo no
 puedo entretenerme en la contemplación inocente de las cosas
 y de los hombres, porque el ansia de profundizar es inevitable. 300
 Me irrita la felicidad de todos estos hombres que no saben que
 son infelices. Me irrita y no puedo tolerar la idea de tener que
 vivir en un mundo estropeado por los imbéciles. Que quede
 claro que la Humanidad me desagrada. La comunidad huma-
 na aparecía casi siempre ante mí como una especie de campo 305
 de trabajos forzados, inhóspito y sombrío, en el que criminales
 encadenados trabajaban obligados por los latigazos de vigilantes
 crueles, inmisericordes. «Más amo a un árbol que a un hombre»,
 escribió Beethoven. El mundo entero tendría que transformarse
 para que ocupase yo un lugar en él. El desorden, la sordidez y la 310
 corrupción nos rodean. El estado de crisis es el estado natural
 del mundo: guerra tras guerra, invierno tras invierno, volumen
 de ventas sobre tasas de suicidios, hambrunas sobre perfumes
 de lujo. Las campañas humanitarias nos dicen que cada minuto
 —o cada segundo, no sé— muere un niño. Mueren de hambre, 315
 claro, de enfermedades, de miseria, de abandono, de progreso.
 Mueren de progreso, porque el mundo está progresando tanto
 que ya tenemos estadísticas exactas sobre los niños que se mue-
 ren. Lo que no tenemos es ganas de alimentarlos, pero llevamos
 su muerte muy bien contabilizada. No hemos conseguido erra- 320
 dicar la miseria, ni nos lo hemos propuesto, pero la hemos con-
 tabilizado, codificado, controlado y explicado. Algo es algo. La
 estupidez del mundo que me rodea como un edredón asfixiante.
 Me tapa la cara, los ojos, la boca... y me asfixia. La idea de una
 actividad creativa es como jadear en busca de aire; escribir como 325

quien nada hacia la orilla después de un naufragio. (Probablemente no la alcanzará, pero al menos nada).

La maldad es una niebla invisible que flota sobre nuestras cabezas. No podréis dirigir la mirada a ninguna parte sin encontrar sufrimiento. Aquel árbol está infestado por un hormiguero, aquel otro por orugas, moscas, caracoles, mosquitos; este está herido en la corteza y torturado por el aire o el sol que penetra en la llaga; aquel está atacado en el tronco o en las raíces; aquel de allá tiene muchas hojas secas; este otro está corroído, mordido en las flores; aquel perforado, picoteado en los frutos. Aquella planta tiene demasiado calor, está demasiado frío, demasiada sequedad. Una sufre incomodidades y encuentra obstáculos y estorbos en el crecimiento, en la expansión; la otra no encuentra dónde apoyarse, o se fatiga y tiene dificultades para lograrlo. Si estos seres sienten o, digamos, sintieran, sin duda el no ser sería para ellos mejor que el ser.

Que el mundo es horrible, es una verdad que no necesita demostración. Bastaría un hecho para probarlo, en todo caso: en un campo de concentración un expianista se quejó de hambre y entonces lo obligaron a comerse una rata, *pero viva*. Tuvimos que dar la razón a Freud cuando afirmaba ver en nuestra cultura y en nuestra civilización tan solo una capa muy fina que en cualquier momento podía ser perforada por las fuerzas destructoras del infierno. Aquel dios del que se cuenta que hizo al hombre a su imagen debió de haber aprendido de las bestias, criaturas perfectas, sin doblez, sin contradicciones. Debió de haberse contemplado en ellas para enmendar así su propia naturaleza. Solo entonces habría sido bueno que crease un ser a su imagen y semejanza. De los hombres, y de ellos solo, es de quien hay que tener miedo, siempre. El hombre es el culpable directo de los males que aquejan a este mundo absurdo dominado por la crueldad: «La órbita

aterrorizada por la que gira el globo humano en delirio, habitado por espíritus crueles que se matan entre sí». ¿Qué obsesión tiene el ser humano con la destrucción y el crimen? La vileza, la bestialidad, la sed de sangre, la codicia, la indolencia no han cambiado en ninguna civilización. Los aztecas destripaban por lo común según cuentan, en sus templos del sol, a ochenta mil creyentes por semana, como sacrificio al dios de las nubes para que les enviara lluvia. Los viejos imperios caen cuando se han vuelto pacíficos, civiles y benéficos, mientras una potencia es impertinente, ilegal y violenta nadie puede pararla. La exploración de los sencillos por los hábiles es tan vieja como la humanidad, y no hace sino cambiar de antifaz. No sé cuándo la sensación de catástrofe *no* estuvo presente en la historia humana.

¿Existió alguna vez tal período? Un día los poderosos tendrán que pagar por lo que les hacen a los débiles: toda la tristeza, la injusticia, la guerra, el derramamiento de sangre... y aun así seguimos perseverando y trayendo niños al mundo, esperanzados, tenaces. Jamás se les pasó por la cabeza la verdad de que el ser humano solo es res de matanza en el matadero de la historia. Para mí, era casi cuestión de honor estar continuamente furioso contra el mundo. Mi continua sensación de que basta un solo instante para que todo se derrumbe y para que los hombres empiecen, jadeantes, a matarse unos a otros. Un mundo brutal por el que vagan unos hombres tristes y sombríos, embotados por la brutalidad.

Está mucho más lejos el hombre superior (un Kant o un Goethe) del hombre vulgar, que el hombre vulgar del mono.

EL CENTAURO QUE NO FUI, *DE* EDUARDO MARCO.

Prólogo de MARCOS GIRALT TORRENTE

Epílogo de AURORA FREIJO CORBEIRA



A QUIEN LOS DIOSES
DESEAN DESTRUIR
AL PRINCIPIO LO
LLAMAN  PROMESA.